

Amar en sobredosis



Estoy cansada que se abusen de mí, que se rían en mi cara, que me dejen hablando sola y que todos pretendan ignorarme. No soporto más – dijo a los gritos Marisa, la nueva enfermera. Unos pasos secos delataron la presencia de alguien en el pasillo de la sala de internadas. Frente a frente, él y ella se cruzaron miradas que denotaban sorpresa y una cierta vergüenza de haberse conocido así.

Él era el director del Sanatorio, que se detuvo esbozando una sonrisa, en el dintel de la puerta, como para impedirle el paso. Aunque ella era de una belleza suave en el corte de su rostro, pasó a su lado sin tocarlo, con su cabello pelirrojo y el fino desplante que le hacía a aquellos que la mirasen “un poco más allá”. No era hermosa, pero siempre atraía la atención del sexo opuesto.

Hacía poco que trabaja en esa sala de internados y ya sé hacia notar. Algunas de las enfermas le agradecían el carácter cariñoso y su permanente predisposición a la sonrisa - *Si queda embarazada mientras toma este medicamento, llame a su doctor... dice eso ¿no ve...? ¿No ve? Aquí está escrito* - a cada rato debía trastocar la angustia en vida, en el medio de ese desplante de vientres desatados y de madres primerizas que acudían a ella y solo a ella. Marisa aguantaba, soportaba. Con su mejor cara, con su mejor hacer. Para eso había estudiado de enfermera.

El tiempo fue pasando y ella pasando también por varias fases. A veces la vida, en el devenir del tiempo, va pasando entre realidades cambiantes a lo largo de diferentes sueños. Y como en un florecimiento prematuro, solitario, ella tomó conciencia de todo el tiempo ido y de que ya nunca lo podría recobrar. Toda conciencia es existencia de tiempo y ningún estado, una vez que se ha ido, nos regresa. Ninguna identidad con la que se ha pretendido mirar al mundo, vuelve con nosotros.

Y desquiciada y cansada de escuchar quejas y de ver tantos abusos, en vez de sumar su voz a quienes se lamentaban de todo, ella solo escuchaba resignada y tratando de justificarlo todo - *Tal vez este viernes o este sábado, los enfrente a todos, para que me definan de una vez, mi situación. ¿Qué es lo que quieren de mí?* - Pero pasaba el viernes, el sábado y hasta el domingo. Y nada. Todo seguía igual.

- *¿Parezco cansada? ¡Qué raro! Me estoy recuperando del impacto de ser yo misma en este mundo* – me dijo un día en que la acompañe a tomar un café entre guardia y guardia – *Estoy acostumbrándome a que dolor, alegría y tristeza se me cuelen por los poros y estallen en mis ojos, cayéndose por mis mejillas, resbalando como gotitas caprichosas que algunos, se empeñan en llamarlas lágrimas*

El Sanatorio siempre era un caldo de emociones. La claridad del día y el negro de la noche, el mundo que se expande en cada risa y el pozo profundo de las lágrimas, el puñal del dolor y el abrazo tierno y firme de la alegría, solían llegar siempre todos juntos, de la mano. Y en ese lugar donde acudían las almas angustiadas, no se podía

cerrar los ojos, como pretendían hacerlo aquellos que solo querían vivir de un solo lado del misterio.

De la alegría al dolor el salto es grande, pero su camino inverso, suele ser un trecho aliviador del que apenas se toma conciencia que es gratificante. Un amargo dolor de ausencias se sumaba en ella a los golpes del tiempo y la distancia, aunque no quería seguir viviendo de otra forma. *No te alejes* – le decía la voz de su madre anciana en retazos de recuerdos que se le aparecían cada tanto – *y sino puedes venir, visítame en tus sueños...*

Nada más simple que la idea del dolor y del placer. Pero muy cerca de la casa del amor, siempre vive el dolor como un traidor vecino que acecha al ser humano. Y en el vaivén de las vidas privadas del calor y rebosantes de tantas amarguras, el frío de ese presente abandonado de los viejos, suele revestirse de las pequeñas sonrisas que ellos toman de cualquiera. Se aferran a cualquiera con tal que les alivie por un rato, ese maldito darse cuenta que la vida, no los quiere y que la muerte, todavía no los llama. Y Marisa nunca quiso volver a su ciudad natal. Su presente y su futuro, sentían que la necesitaban por acá.

Quizá ella creyó que el verdadero amor, la llamaba. Quizá se empeñó en seguirlo entre los azulejos del empobrecido Sanatorio, aunque el sendero que eligió era duro y muy difícil... Y se creyó que quienes dan, siempre se llenan de alegría y demasiado tarde se dio cuenta, que no sabía del dolor del dar. Ni entendió aprisa lo que entienden solo los que sobreviven, ni por que debía empeñarse en buscar la alegría que a veces proporciona el dar. Se olvidó de ella y eso, puede ser muy grave, demasiado grave en esta profesión.

- *¿Quién dirige mi mundo? ¿Quién manda en mi mundo?* – se decía a sí misma, pero la auténtica respuesta no siempre llega fácil, sobre todo cuando uno se dedica solo a mitigar el dolor de los demás. La enfermedad suele acechar al que cura a los demás. - *Y si no puedo dar de mí, aquello que mejor me he propuesto dar, una pastilla, un comprimido, un inyetable... a lo mejor me ayuden.*

La droga se volvió en ella realidad. Nunca supo bien como fue, pero un día empezó a caminar por las playas de la desesperación y de la soledad más absolutas. Y escapando de esa maldita soledad empezó a entender que la depresión, la droga y los suicidios tienen mucho que ver con el sentirse usado y no con el sentirse amado. El amor llena el alma, el cuerpo y nuestra vida. No basta con amar. Hay que dejarse amar, sentirse amado, especialmente por aquellos a los que uno tanto ama con entregas concretas de hechos y no solo de palabras.

Y por la salida fácil que tienen los problemas que deberían ser resueltos, pero quedan flotando en las charcas de la indefinición, ella se escapó una noche como tantas y se encontró a sí misma adormecida en un pub, bebiendo, fumando e inyectándose droga en una vena.

Alguien vio una mano que asomaba apenas desde el pozo negro en el que hunden las drogas y el alcohol – *La conozco. Trabaja en mi hospital. Llamen una ambulancia que yo le inicio los primeros auxilios* - Y así comenzó el rescate por parte de un equipo de iguales que ya no eran tan iguales. Nadie dijo nada o si alguien vio algo, tampoco quiso decir nada. Alguien en la Sala de Guardia le contó lo que le estaba sucediendo, cuando se despertó entre dolores de cabeza y nauseas repugnantes. Ella

contestó - *¿Alguien vio a un conejo quejándose... o sonriendo agradecido? – mientras se sonreía somnolienta.*

- *Marisa. No hay un horizonte de grandeza en tu futuro. Tu problema fue que no entendiste hasta donde llegaba tu responsabilidad como enfermera. Tu exceso de responsabilidad te llevó a tratar de cambiar, rescatar o arreglar a otras personas... y no estabas preparada para eso – le dijo el Director del Sanatorio en su despacho – Me caías muy simpática al principio, pero no basta con pretender amar. Hay que saber amar. Volvete a tu pueblo, aquí tenés el dinero para el pasaje... Tu madre te espera y te necesita.*

Y esa tarde de otoño el tren dio marcha atrás lentamente, saliendo entusiasmado de la grisácea estación y marchando hacia delante, hacia atrás, marchando por la tierra y marchando sobre el mar. Marcha que marcha, se fue colgando de montañas y de nubes, pitando y escupiendo humo, marchando a toda velocidad a su destino. Pero Marisa no viajaba en él. Marisa solo lo vio partir. Marisa se suicidó arrojándose a las vías, ante el paso de ese tren que viajaba como siempre a su destino.

Y un Director de Sanatorio, sin poder consolarse de su ausencia, también se suicidó arrojándose debajo del mismo tren.

Fin
Fin